Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año LIII - N° 2706
Montevideo,
29 de setiembre de 1985

En los tiempos de Yuyé

Literatura uruguaya

(Págs. 4 y 5)

Educación

(Págs. 2 y 3)

José Pedro Varela

(Págs. 8 a 11)



Arte

Chagall

José Pedro Varela


Dib. de Adolfo Pastor

"José Pedro Varela fue siempre el alma de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, no sólo por los conocimientos profundos que poseía sobre la educación, sino también por su espíritu de iniciativa y por esa perseverancia inquebrantable que ponía en la realización de sus ideales"
Roberto Abadie Soriano

y la Sociedad de Amigos de la Educación Popular

El viejo viento del sur durante la noche ha barrido lenta y obstinadamente las arenas. Es la madrugada y una luz horizontal dora levemente el aire, la playa, las olas, cántaros que vierten su espuma y se desvanecen... Una mujer, no es joven, avanza hacia la orilla. En ella se detiene. La voz del mar es el conjunto de todas las voces que en él se han perdido. La mujer, de pie e inclinada la frente, arroja unas flores que parecen flotar por instantes. Luego regresa, siempre erguida sin volverse, por sus propias huellas, hacia la ciudad que la espera. Desde una distancia que amortigua su canto, un gallo anuncia la llegada de la mañana que avanza resueltamente. De ella se desprende un chal de gaviotas que cae, ingrávido, sobre las arenas.

Un homenaje análogo, del que participamos siguiendo su ejemplo, es el que tributa Roberto Abadie Soriano a la juventud que, rodeando a José Pedro Varela, fundó la Sociedad de Amigos de la Educación Popular. Abadie, por sobre arenas de olvido, superando con la gallardía que le es tan propia, los setenta años de su militancia en la causa de la educación nacional, ha publicado un pequeño y valioso libro documental, exaltando los merecimientos de una generación cuya comprensión y lealtad a los principios enunciados por José Pedro Varela, hizo posible la creación, a nivel nacional y en sucesivos lapsos, de la escuela pública, gratuita, obligatoria y laica.

La Sociedad de Amigos se fundó el 18 de setiembre de 1868, inmediatamente después de la conferencia que en la misma fecha, pronunció José Pedro Varela en el Instituto de Instrucción Pública. Su acción fue colectiva, tensa y constante. Comprende un primer tiempo bien definido que se extiende casi por una década; hasta la aprobación del Decreto-Ley del 24 de agosto de 1877, que implanta la Reforma Escolar.

Los ideales filosóficos de aquella generación ilustrada, los principios que inspiraban la Escuela Nueva, la realidad tangible de una gran escuela experimental, la Escuela "Elbio Fernández" fundada por la Sociedad de Amigos; las ideas, planes, programas, métodos, nuevos textos y mobiliario, fueron creando un tiempo para el cambio.

Suplemento Dominical de
EL DIA
Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72

Un aliado constante fue el diario "El Siglo" y en él, las plumas de Carlos María Ramírez y Dermidio de María, quien advertía "un espíritu pedagógico dominante".

Una suave luz lateral iluminaba toda la escena. Provenía del formidable espectáculo que ofrecía Sarmiento en la Presidencia de la República Argentina. (1868-1874).

Como es sabido, Sarmiento develó en Varela su vocación, que afloró como atraída por la fuerza de un poderoso imán: "No habrá República, no habrá democracia, no habrá nación, mientras no eduquemos al pueblo. Vuélvase a su país, usted que es joven, y consagre su vida a la educación de sus ciudadanos. Sírvale de modelo este país que ha hecho de la escuela la primera de sus instituciones sociales".

El encuentro, reiterado, se produjo en la ciudad de Nueva York, donde residía Sarmiento, entonces ministro acreditado ante el Gobierno de EE.UU. Tenía 57 años de edad. Varela estuvo desde enero a julio de 1868. El 19 de marzo había cumplido 23 años.

En el mismo velero, juntos, regresaron al Plata. En Pernambuco una fragata norteamericana, empavesada de pronto, realizó una salva de 21 cañonazos. Así se enteró Sarmiento, húmedos los ojos, extrangulada su voz, que era el presidente electo, cargo que asumió el 12 de octubre. En un discurso pronunciado ante un conjunto de maestros, al día siguiente, en dos frases, expresó su programa: "Es necesario hacer del pobre gaucho, un hombre útil a la sociedad". "Para eso necesitamos hacer de toda la República, una escuela".

Por su parte, J. P. Varela, escribe: "Para mí el niño no va a la escuela a aprender, sino a adquirir los medios para poder aprender. La escuela no puede ser un depósito de niños. Eduquemos al pueblo, eduquemos al gaucho"...

José Pedro Varela no podía saber que por ese mismo tiempo, Guillermo Enrique Hudson, recogía en su libreta de apuntes, prolijamente, sus impresiones y experiencias, durante casi un año, en el "Estado Oriental" y las que serán la base de su novela primigenia, "La tierra purpúrea", editada en Londres en 1885.

Más que novela, manual de sociología que debimos leer como prólogo del estudio de la Historia de la Escuela Nacional. Años más tarde llegó a nuestras manos, de las manos de un librero cuyo nombre está unido a la vida cultural de la ciudad, Pancho Oliveras, que ejercía su profesión con un entrañable amor artesanal. Valga esta apostilla que intercalamos con sincero reconocimiento y afectuoso saludo. Pero volvamos al camino principal.

"La tierra purpúrea" es la gran pintura mural que ofrece el frente y los perfiles de un estado social. Hudson, más que un novelista, fue un hombre de ciencia. Su obra nos permite apreciar la magnitud del esfuerzo que Varela y la Sociedad de Amigos debieron realizar. En el interior sólo pudieron instalar dos escuelas: Nueva Palmira y Carmelo. En Montevideo, funcionaba la Escuela "Elbio Fernández" en un local ubicado en la esquina suroeste del actual cruce de la Av. 18 de Julio y Pablo De María.

La vida en el campo era la expresión de una época áspera y bravía, de dolores y rencores, herencia insoslayable de los encuentros fratricidas, que además tenían, hasta años más tarde, en nuestra ciudad, otra resonancia: las pedreas entre bandos de alumnos blancos y colorados, a la salida de la escuela, y a las que ponía término el silbato de un guardia civil o un vidrio hecho trizas en la ventana de un vecino.

La Sociedad de Amigos mantuvo en alto su bandera, aun después de la muerte de Varela, 24 de octubre de 1879, y acaso con un mayor sentido de la responsabilidad colectiva impuesta por la enorme pérdida experimentada. Algunos de sus hombres fueron llamados por el Gobierno para desempeñar cargos en la Administración Escolar, asegurando la continuidad y extensión de la escuela pública. Este es el instante en que es imposible omitir a Jacobo A. Varela, hermano del Prócer y continuador natural de su obra.

El personal docente de la Escuela "Elbio Fernández" se seleccionaba por concurso de oposición; lo que nos ofrece la oportunidad de volver a la luz, la memoria de un maestro, Albino Benedetti, que triunfó inicialmente en el "Elbio Fernández" y

Albino Benedetti.

Italiano. Originario de Siena. Los ojos claros, de expresión bondadosa. Morena la tez, muy negro el cabello, y muy negro el bigote lacio y caído hasta cubrir totalmente la boca grande de labios gruesos. Alto y recio el talle, doblado frente al pupitre de la clase de geografía, tenía más de padre que de profesor. Su voz era gruesa y pálida, pero era de una armonía qué, muchacho aún, no alcanzábamos a interpretar aunque nos dejábamos vencer por la simpatía que ella desbordaba. El ademán amplio, lento y pesado, hacía que el auditor por poco observador que fuera, se diera cuenta de que las manos del maestro eran demasiado grandes.

Evidente, había en don Albino Benedetti, hubo siempre en don Albino Benedetti un suave y hondo amor por los muchachos estudiantes y, más todavía, por los muchachos estudiosos. Maestro de primeras letras en los tremendos tiempos en que el maestro de escuela era, antes que nada un héroe, en los tiempos en que los fundamentos pedagógicos descansaban por entero en la sentencia de que "la letra con sangre entra", él trató siempre, sin embargo, de conquistar al alumno por la simpatía, por la bondad y por la persuación. Y cuando algún alumno desfachatado y audaz, intentando una burla, dejaba escapar la palabra "gringo", el maestro tenía siempre una sanción severa y una suave sonrisa comprensiva...

Se dió, se dedicó a la enseñanza durante cincuenta años. Y en los últimos días de su vejez -llegó hasta los ochenta y dos años- guardaba la serenidad, la paz, la dulzura de su conciencia y de su corazón.

Un día hallé en casa una tarjeta de visita con este nombre: Albino Benedetti. Y escrito a lápiz, con letra clara, pero insegura, decía, además: Siena. Toscana. Don Albino a los ochenta y dos años, iba otra vez a su tierra, como lo había hecho frecuentemente, hasta años antes, en la época en que la "mamma" vivía todavía.

Pero don Albino Benedetti no regresó a Montevideo.

Ni regresará jamás...

Orosmán Moratorio.

ROBERTO ABADIE SORIANO

LA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA EDUCACION POPULAR Y LA ESCUELA Y LICEO "ELBIO FERNANDEZ" EN LA REFORMA ESCOLAR

TRABAJO PUBLICADO POR LA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA EDUCACION POPULAR AL CUMPLIRSE EL 115 ANIVERSARIO DE SU FUNDACION

MONTEVIDEO - 1984

alcanzó en la enseñanza pública, el grado más alto del escalafón; Inspector Técnico de Enseñanza Primaria. Cargo que con antelación habían desempeñado, José Henriques Figueira, Orestes Araújo y Federico N. Abadie.

Orosmán Moratorio, secretario de Redacción de EL DIA, importante colaborador directo de Batlle, escribió una sentida semblanza de Albino Benedetti, la que incorporamos a esta nota, con el sentido que ofrece una hermosa ilustración.

Consideramos que es tiempo de colocar en un lugar próximo al monumento a José Pedro Varela, una breve estela de granito, que exprese: "A los fundadores de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular —1868— la gratitud de la República".

La vemos a la sombra de un ceibo y un jacarandá, que florecen a un tiempo con los colores históricamente antagónicos, para darnos una lección de fraternidad, mientras sus raíces se hunden confundidas en la tierra de la "brusca sangre derramada".

Declina el sol y a la Plaza José Pedro Varela llega el crepúsculo que morosamente vuelve a sus refugios, las palomas olvidadas por el día que pasó.

José Pedro PUIG

Especial para EL DIA

En los tiempos de



Hace ya bastante tiempo que Félix Chiappini se fue de este mundo, hacia la patria celeste en la que creyó con fervor. Se fue silenciosamente, con ese silencio con que había vivido, en su casa del bello barrio de Atahualpa. Algún lector se asombrará quizá al saber ahora, recién ahora, que Félix Chiappini fue un excelente escritor uruguayo, pues el lector alegará no haber oído nunca su nombre. También, que nunca vio un libro suyo en las librerías, como una noble pausa entre las montañas de "best-sellers".

Acontece —y no es la primera vez que lo decimos— que hay escritores silenciosos y los hay ruidosos, muy ruidosos. Chiappini fue de los primeros.

Se conformó, en tal sentido, con saber que contaba con un pequeño grupo de amigos —entre los que tuvimos el honor de contarnos— que lo comprendían y lo apreciaban. Pudo, es cierto, hacer ruido, lograr publicidad. Pero no lo quiso.

Elijamos, entre los libros que publicó (memorias, novelas, biografías: "Geografía de mi infancia", 1945; "El explorador del mar verde", 1958; "El niño de la sonrisa", 1963, y "Dios va en motoneta" 1967), uno que es realmente sabroso: el titulado "En los tiempos de Yuyé", publicado en Buenos Aires en 1965. Abramos sus páginas y preguntémonos con el autor: "¿Por dónde andas ahora, Yuyé? Me gustaría que tú leyeras esto. Quisiera ver qué cara pones. ¿Te reconocerías en el retrato que hago de ti? Me gustaría que volviéramos a reunirnos, allá en el tajamar, a la caída de la tarde. ¿Te acuerdas? Y mientras Barbosa va preparando el candil, que tú fueras leyendo estos relatos. Tal vez no sean tan lindos como las cosas que tú pensabas mientras andabas, solo con tu imaginación y tu lorito, los largos caminos de contrabandista. Con seguridad que no. Pero te aseguro, Yuyé, que yo los he pensado con cariñosa emoción y que me he esforzado, en todos los detalles, por volver a vivir nuestros años infantiles, con su fresco contenido pueblerino, tan limpio, tan sencillo. ¿Verdad que fueron años felices? Yo he caminado después mucho mundo; tú también, con seguridad. Ya me abruma el montón de cosas que he ido aprendiendo en los libros y en el diario trajín de la vida. La tarea tan sencilla, tan fácil, de nuestra infancia, de recoger secas tortas de vaca, ahora se me ha convertido en algo complicado, muchas veces amargo, siempre difícil".

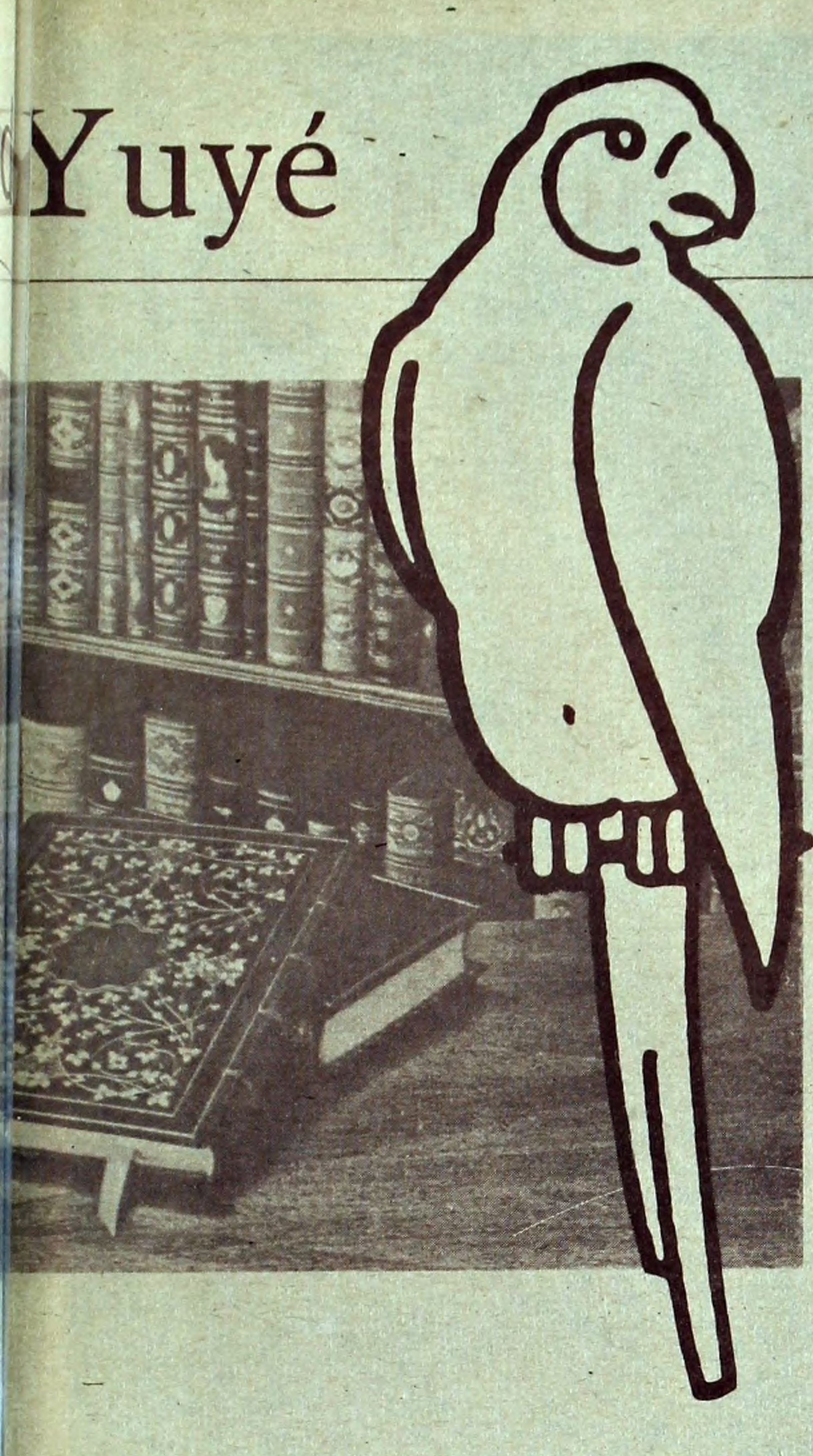
Quizá en esas palabras con que inicia su referido libro nos dé el escritor uruguayo las más trascendente clave de su obra: la nostalgia de la lejana infancia, la unión de la amistad, de los juegos y del campo. En rigor, no es tanto el campo como el pueblo —el pueblo pequeño, muy pequeño— el que inspira los más numerosos, significativos y emocionados pasajes de este bello libro.

¿Quién es este Yuyé, presencia constante de la obra, a la que da título? Es un niño negro, chiquito, muy negro, "negro retinto, brilloso". Apareció en el pueblo un día en que los muchachos estaban jugando a la "bolita". Yuyé venía en un carrito parecido a la "caseta de un perro". Los muchachos pensaron que se trataba de un circo, de esos pobres circos de la legua, que nada tienen de alegres ni de prósperos. Yuyé llevaba un saco largo, larguísimo, muy remendado y que le llegaba hasta las rodillas. Un alfiler hacía las veces de botón. En la cabeza, una boina roja. Aquello no era un circo, sin embargo. Tampoco eran gitanos, como había pensado Mingo. Era un carrito que venía escapando de la guardia de la frontera. Un loro parlero y un perro llamado "Guacho" —el perro de Yuyé— acompañaba a los fugitivos. Y ese negrito se hizo amigo de los muchachos del pueblo, que admiraban su vida ambulante y su sana picardía, así como su gran simpatía. A pesar de su





Yuyé



habla abrasilerada, Yuyé aseguraba haber nacido en Uruguay. De cualquier manera, ya estamos en el ambiente de la novela: la zona fronteriza, el pueblo en que se mezclan características uruguayas y brasileñas. Y van desfilando tipos y sucesos: Lucía, la hija del médico, muy presumida, que llamaba al negrito "cara de sartén" y que protagonizó un episodio muy cómico en una fiesta de la escuela, mientras estaba recitando unos versos; "El Capitán", un muchacho que admiraba las tropillas gauchescas y los héroes de nuestra historia, y que un día se fue tras una tropilla, huyendo de la monotonía pueblerina; Pereira, que más tarde llegó a ser un célebre jugador de fútbol; la llegada del circo y su espectáculo, iniciado con un forzudo que levantaba quinientos kilos, llevando en la cabeza un monito bailador. Y el gusto de Barbosa de dormir a orillas de la carretera, bajo las estrellas, oyendo de vez en cuando el alerta de los teros. Y "El Porvenir", la pulpería arrullada en la siesta por las chicharras.

El ambiente del libro se mantiene en un buen equilibrio entre lo poemático y lo realista. No es —entendámoslo— un realismo mágico, como el de otros escritores, sino una captación del costumbrismo de nuestros pequeños pueblos norteños, ennoblecida por una viril ternura que le comunica un lirismo a la vez sobrio y lleno de brío.

El estilo es claro y directo, sin complicaciones, despretencioso, sin pulimentos, pero rico en matices, airoso de verdad estética y humana, de pincelada sutil. Esta falta de complicaciones estilísticas no significa desconocimiento de la técnica moderna de la narración. Así, cuando la arquitectua de la obra lo aconseja, la narración toma la manera dialogada de un relato teatral ("Ahora voy a la escuela"). Y, por lo demás, las tres partes del libro están subdivididas en capítulos —a veces muy breves— que llegan a darles cierta autonomía de cuento corto. Es sobre todo en los resortes psicológicos donde mejor trabaja el narrador, en su fabulación emocional.

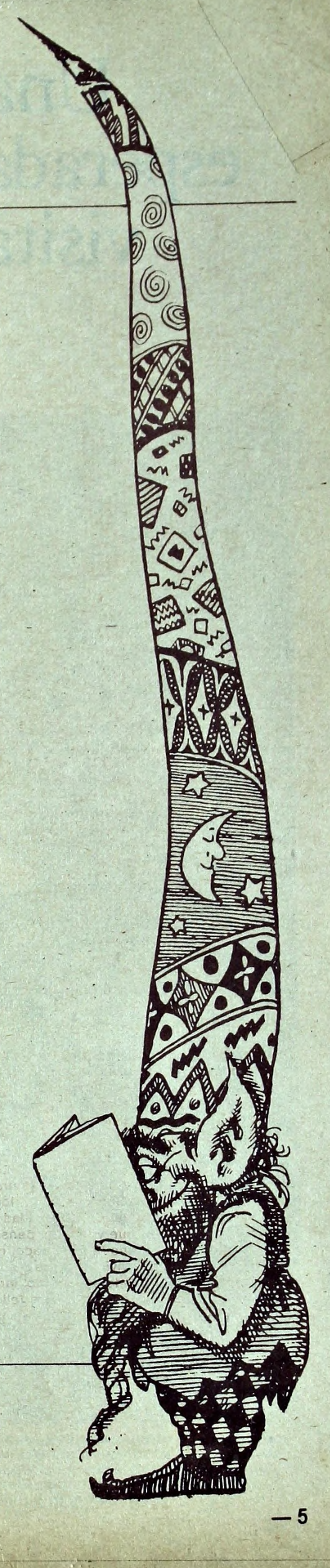
¿Libro para niños? ¿Para adultos? Para todos los que quieran buscar, en el espejo del tiempo, una imagen de la lejana infancia. Pero, especialmente, Yuyé es un libro para niños que se van acercando a la adolescencia, y para adolescentes. No todos los críticos saben valorar debidamente esta clase de libros: hay quienes la miran como cosa ingenua y fácil. Quienes cultivamos la literatura infantil sabemos lo arduo de su elaboración, la suma de problemas que es preciso resolver para su realización.

Quede pues, este breve recuerdo, como un testimonio de nuestra emoción frente a estas páginas de un escritor uruguayo que, en esta nueva "geografía de su infancia" nos dice que "si volviera al pueblo saldría a recorrerlo a caballo, al trotecito, para ir sintiendo allá dentro, en el alma, el canto feliz de nuestra infancia. Iría aspirando el perfume íntimo, tierno, del montón de recuerdos que cada calle, cada cosa, tiene para nosotros". Y lo dice sabiendo que todo o casi todo ha cambiado. Y que, aunque es posible a veces revivir tiempos lejanos, nunca, nunca, volveremos a ser los mismos...

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)





Una esperada visita



El año pasado nos encontramos casualmente con un astrónomo amigo, a quien no veíamos desde tiempo atrás. Después de algún comentario sobre esto y aquello no perdimos la oportunidad de pedirle noticias del cometa de Halley, de este cuerpo celeste que, en su recorrido espacial, alcanzó en el año 1910 su punto de mayor aproximación al Sol y fue bien visible desde nuestra Tierra. "Ya ha sido avizorado y se da por se(ura para el año 1986 una nueva visita" —nos contestó el experto; se confirmaría así, una vez más, el período de setenta y seis años aproximados que demora en volver a visitarnos desde hace una época que ignoramos.

Estos viajes periódicos de ir y venir los realiza nuestro cometa según una órbita en forma de elipse muy estirada si se la compara a la que recorren, por ejemplo, los planetas del sistema solar. Mas no es, por cierto, este vaivén de setenta y seis años entre el Sol y los remotos dominios de Neptuno y Plutón, esta periodicidad, esta órbita elíptica —fenómeno banal si se quiere, del que tratan las leyes de la mecánica celeste— lo que hace el atractivo de nuestro cometa, sino que es su persona en sí.

Este personaje astral, que en idioma castellano es masculino, pero que por su gracia tornamos nosotros femenino, es una de las tantas diosas paganas del espacio. A diferencia de un sombrío planeta que se desliza aburrido e inexpresivo por las inmateriales pistas del cosmos y gira a la vez como un trompo sin dueño, nuestra diosa recorre airosa su camino con luz propia, llena de vida, en procura del astro rey; y ya en su proximidad, la radiación solar despliega lejos de sí la cabellera y el manto de cola de la diosa en una estela etérea.

Poco tiempo después de aquel encuentro nos enteramos de malas noticias para las actuales generaciones: éstas no podrán admirar nuestro cometa bajo toda la magnitud aparente y todo el esplendor con los que, en cambio, tuvieron la suerte de verlo nuestros mayores en el año 1910; esta vez la posición del cometa respecto del Sol nos será desfavorable para su observación, si es que vivimos... Aparte de los registros fotográficos o de otra suerte, quien mejor podrá comprobar aquella diferencia de aspecto será algún nonagenario o casi, aún lúcido. Resignados, pues, ya que su próxima visita en el siglo XXI no es obviamente para muchos de nosotros, también lo estamos en cuanto a la naturaleza de la diosa de caprichoso andar y de cambiante atuendo, puesto que la realidad es mucho menos romántica o, mejor dicho, no lo es para nada. ¿Qué son en definitiva los cometas, éste de Halley y tantos otros?

Desde 1910 hasta nuestros días la ciencia del cielo ha dado, sin duda, pasos de gigante, pero así como se descubrió en ese lapso nada menos que un nuevo planeta, Plutón, se ubicaron formaciones estelares y se conoció mejor la naturaleza y origen de la radiación que emiten estas mismas estrellas, se ha avanzado menos respecto de los cometas. Por otra parte, para lograr un conocimiento más cabal de los cuerpos celestes "fácilmente" asequibles como los planetas, el hombre tuvo que acercarse a ellos, no ya desde la Tierra con el telescopio óptico, el espectroscopio y el radiotelescopio, sino con astronaves —laboratorio— de control remoto e inclusive con su propia presencia, como en la Luna y mañana quizá también en Marte.

En aquel año de 1910 el hombre no se encontraba en condiciones de acercarse al cometa Halley, pero ahora sí lo está: no irá él en persona, en un viaje suicida, pero sondas espaciales saldrán al encuentro del cometa y procurarán, arriesgando su vida mecánica, penetrar el secreto de la diosa, es decir, descubrir la naturaleza de su núcleo y de las radiaciones visibles e invisibles que de ella emanan.

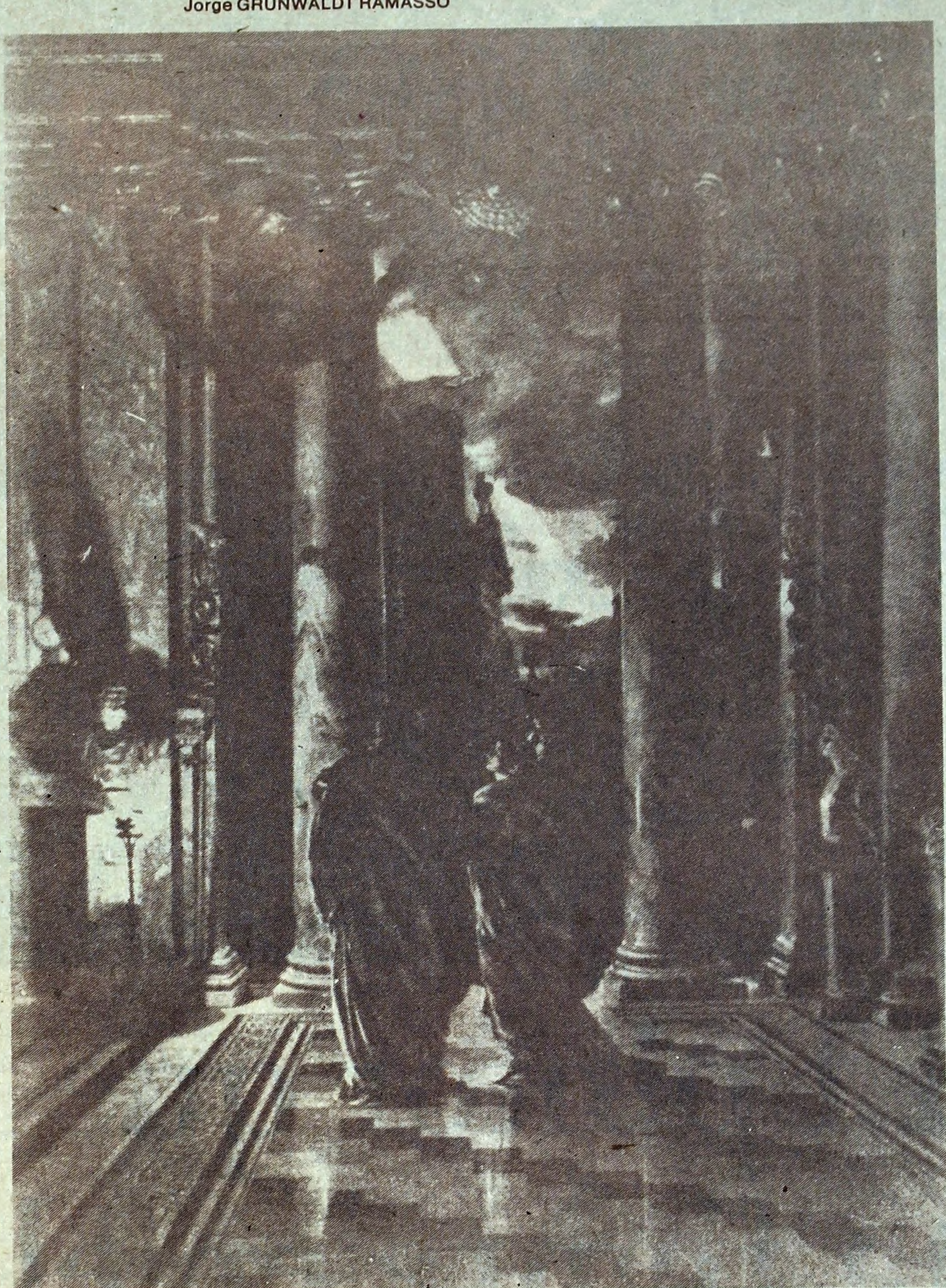
Aunque modestos, nuestro Montevideo tiene, él también, sus anales astronómicos y en estos —lo que hoy nos interesa— algunas referencias sobre cometas. Ya en 1821 Dámaso Antonio Larrañaga tomó nota del cometa que cruzó ese año el cielo montevideano; años después nos enteramos por la prensa de la época que en el mes de junio de 1832 apareció el cometa de Encke, pero no se tuvo noticia "de que ningún viviente se haya incomodado por su visita".

A comienzos del mes de marzo de 1843 les toca a los montevideanos observar un gran cometa de color azulado: "La cola del cometa que está visible —anotaba el cronista— es extraordinariamente larga y regular en sus bordes. Ocupa casi un cuarto de círculo". Saltando ahora un siglo, otra envergadura tuvo el descubrimiento del cometa bautizado "1947b", llevado a cabo en Montevideo con método fotográfico, el 24 de marzo de 1947 en el observatorio de Enseñanza Secundaria por los profesores Alberto Pochintesta y Esteban Rondanina.

En la historia del pensamiento humano los fenómenos del cielo han ocupado un capítulo importante; y en éste la aparición de cometas fue relacionada con un sinnúmero de sucesos terrenales, ora fastos, ora nefastos. Afortunadamente para la ciencia, la creencia de los antiguos en la relación de causa a efecto atribuida a los cometas, hizo que su pasaje fuera tomado en consideración por historiadores y cronistas consignándolo así en sus escritos. Entre aquellos de la antigua Roma nos place recordar aquí —pese a ser muy conocido— a Suetonio y con él al cometa que, nos dice, brilló en el cielo de Roma durante siete días seguidos el año 44 antes de Cristo, en que fue asesinado Julio César. Pero aquella "stella crinita" (estrella cabelluda), como la llama graciosamente el historiador, no fue precisamente agorera de la muerte del dictador; llegó tiempo después de los Idus de marzo y se creyó que era el alma de César que había sido recibida en el cielo.

En fin de cuentas, ¿tendremos que creer en esta "misión" inquietante de los cometas, aunque fuera en el plano cabalístico?, ¿habrá que jugar su número en algún sorteo?, ¿con cuánto adelanto ejercerían aquellos astros su influencia maligna o benévola? Si estiramos o encogemos un poco los plazos y sazonamos a nuestro paladar los eventos, nos percatamos que desde siempre hubo y habrá sucesos buenos y otros malos y que todo estriba en elegir "a piacere" coincidencias en esto o en aquello. Así que cuando llegue el Halley en 1986 ya sabremos endosarle una nueva crisis mundial (esperemos que no) o la paz universal, tan deseada y a la vez tan utópica.

Jorge GRUNWALDT RAMASSO



Una de las tantas representaciones ideales de hechos de la antigüedad por artistas modernos. En este óleo figuran Julio César acompañado por su tercera esposa, Calpurnia. Mientras al interior los ricos mármoles multicolores reflejan la luz cálida y mortecina de las lámparas de aceite, en la noche del cielo romano fulgura majestuoso y siniestro el cometa agorero del asesinato del dictador. Como ya se ha dicho, su muerte —según los cronistas— ocurrió poco tiempo después de observarse aquel fenómeno celeste



Marc Chagall acompañado de su esposa toma un baño en Cannes

El pintor que ubicó la figura en el espaci





"El gallo del amante" una de las más imaginativas y ricas piezas del gran pintor

La muerte de Chagall dejó al mundo vacío de la fuerte poesía que aun a avanzada edad, seguía con intensa vitalidad. Fue uno de los últimos grandes que quedan representando una época única.

Porque pasó un momento del universo en que las artes plásticas sufrieron la inesperada como evolutiva búsqueda en movimientos y ligazones de uno a otro sector así como reacciones referentes a las propias concepciones.

Chagall, aunque pintó algunas primeras "cosas" que ya forjaban su personalidad, justificó totalmente ésta, cuando entró a discernir entre el expresionismo y el surrealismo simbólico.

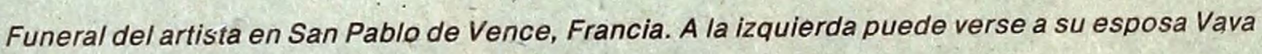
Es indudablemente dentro de tal tendencia que creemos ubicarle a través de una copiosa como invariable constancia hacia ella.

Pintó, a una edad ya avanzada, nada menos que la cúpula del Teatro de la Opera de París. Esta sería una de sus grandiosas obras póstumas. Por lo que tiene de contacto con el alma grande del artista. Con



"Mazo de flores" no abandona empero las dos cabezas de los amantes




Funeral del artista en San Pablo de Vence, Francia. A la izquierda puede verse a su esposa Vava


"Aleko". Siempre el secreto del espacio, la luna y los azules densos que fueron creados con tanta audacia,como facilidad por Chagall

el dinamismo constante hacia su sensible realización y la no menos rica vivencia cromática que volcaba en sus lienzos una casi ingenua poesía que en parte él aprovechó sustancialmente la riqueza imaginativa que el surrealismo le dotara.

Fue Chagall uno de los elegidos de la era-moderna en cuanto a ofrecer al mundo una pintura inédita. Sin que pudiera siquiera ser imitada. Quienes optaron por ello no salieron —por más oficio que tuvieran— liberados...

Su caudal de fantasía traspasaba la lógica. Como todo ser que se remonta dentro de tal tesitura, el espíritu podía más que todo en cuanto a seguir una ruta marcada, o mejor, haciendo caso de proclamas como lo exigía Bretón y sus compañeros.

Chagall fue él. Unicamente él quien lograra lo insólito de representar la figuración en el espacio. No quedaba en el ridículo... En aquel tiempo de auge de teorías, de modismos, Chagall salió con el suyo. Pero ello no era algo pasajero. Sino una pintura enteramente concreta. Su estilo, su permanente juego del color vivo, audaz, temerario, surgió como una romántica **serenata plástica**.

"Los Novios", un tema por demás llevado a la tela por artistas como Picasso, antes, desde luego, Wateau y tantos más filtraron en los jardines coloridos las dos figuras amantes vestidas de blanco o llenas de la decorativa función de la moda de entonces.

Chagall se despojó de todo ello. Los novios que pintó (se dice que soñaba con él y su novia), giró siempre bajo una misma relación de color. Alteró las imágenes que aparecían raramente respetadas a su creativa fuerza, que no cejaba y que, por el contrario, firmaba cada cuadro con alguna obsesiva creación.

El misterio acompañó todavía tal demostración de su genio.

El **"duende"** como le llamamos, o el **"pactos"**, como le llaman otros sostienen siempre esas aladas figuras, que aunque no tengan delicadezas de ángeles las poseen en el abrazo casi humano, pero estirado al ritmo, como si corrieran tras una nube... Ensoñados en esa fusión, que se enrola junto a la atmósfera rizada por la brisa de una pincelada sensible.

A pesar de ello, para ser un pintor moderno y veraz de un propio estilo, Chagall tenía que ser severo, demostrativo de cualidades nada comunes, original a todo y en todo. No es fácil, por ser sensible, ser un artista de calidad. La fuerza de un dibujo o de una pintura no se basa solamente en sus trazas gruesas y en su grotesco color. Chagall, con su


El Grande gallo característico colorido intenso y cálido

fineza de concepto y su **temática motivada**, logró ser. Y SER con mayúscula, dentro del ámbito siempre escudado de las nuevas visiones plásticas.

No viene al caso estudiar sus pinturas. Por demás conocidas por otra parte. Sino que este recuerdo, llevado hacia su fantasía pictórica, tiene por objeto reflejar las virtudes que, sin afectación, surgían como un manantial de su espíritu y de su paleta.

Porque Chagall era un pintor nato.

El instinto le daba la nota como un maestro invisible se la ofrece a un músico. Y si la pintura es música, en ninguna se justifica este concepto como en la de Chagall.

Eduardo VERNAZZA

SUS DATOS BIOGRAFICOS

Marc Chagall falleció a los 97 años de edad. Nació el 7 de julio de 1887 en Vitebsk, Rusia. A la edad de 20 años estudió pintura en San Petersburgo, instalándose en París en 1910.

Formó grupo con Modigliani, Soutine, Leger y Archipenco. Redactó su autobiografía ("Mi Vida"), siguiendo en Francia hasta 1941. Invitado por EE.UU., residió en Nueva York con su esposa. Su hija había fallecido en 1944.

Realiza una retrospectiva en el Museo de Arte Moderno.

En 1952 se casa con Valentina Brodsky. Esta le animó a emprender a los 67 años, la célebre serie de 17 grandes telas, así como dibujos, gouaches y numerosas aguafuertes, consagrados al mensaje bíblico. Obra consagratoria, le valió la creación de un Museo Nacional especialmente constituido para conservarla, inaugurado en 1973. La música era tan esencial para Chagall, (dicen sus datos biográficos) que el antedicho Museo Bíblico creó un Auditorium, para el que Chagall trabajó los vitrales. "La creación del mundo". Pintaba durante toda la mañana y también por las noches. André Malreaux, que fuera ministro de Cultura de Francia y quien le encargara los decorados de la Opera, fue uno de los asiduos visitantes al taller del artista.

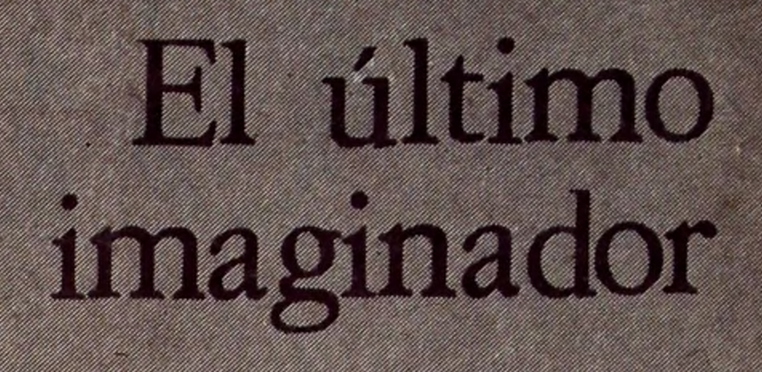
Su pregunta: ¿es que he trabajado lo bastante? Su vivir... "Todo estaba penetrado de amor en la casa pero de un amor en silencio, no de un amor en palabras" (explicaba el artista refiriéndose a los tiempos en que aún vivía su madre. A los 75 años le pesaban las escaleras. Ello lo llevó a encomendar al Arq. Andre Svetchin, la casa "Les Gardettes" en medio de un bosque en las cercanías de Saint Paul de Vence. Se instaló allí en 1966. Celebró también en dicha casa sus 81 años y luego su 90 aniversario.

"COSAS OCULTAS"

"He sido estremecido, aireado por la luz", decía Chagall cuando recordaba su llegada a París en 1910. De la luz mediterránea, afirmaba que penetró en mí "como si una nueva miel, recogida muy fresca se deslizara en el fondo de mi mismo".

Cuando el frenesí del trabajo le dejaba algún tiempo libre, recurría a la música, para que le ayudara en su búsqueda de las **"cosas ocultas"**. Nacieron en su célebre "violinista de Vitebsk"... "La escala de Jacob" recorrida por ángeles y que comunica la tierra con el cielo...





El último imaginador

WASHINGTON. — A fines de 1898, un joven pálido, de bigotes ralos y apostura aristocrática, llamó a la puerta del consejero municipal Jules Verne, en Amiens, Francia. Verne, a quien le quedaban aún siete años de vida terrible, sufría entonces otra de sus inexplicables crisis de angustia. Acababa de quemar todos los papeles que había escrito durante medio siglo y solía pasar 15 o 20 horas en la buhardilla de su casa, sin ver a nadie y exigiendo a la esposa el más absoluto silencio. Acababa de poner fin a una de sus novelas más pesimistas, **Ante la bandera** y estaba trabajando en **La esfinge de los hielos**.

El joven visitante tenía poco más de 21 años. Su familia había amasado una inverosímil fortuna, que un tío excéntrico y una madre pródiga no habían conseguido amenguar. El joven sí lo haría. Gastar era para él uno de los tantos desafíos de la imaginación. Verne lo comprendió de inmediato. Vio las lustrosas botas del recién llegado y su aire de insolencia. Advirtió que bajo esa coraza había un devorador afán de aventuras.

"Me llamo Raymond Roussel", dijo el joven. "He llegado a Amiens para hacer mi servicio militar. Antes de presentarme a la guarnición, he querido pasar por aquí para estrechar la mano de quien ha escrito tantas obras inmortales."

"No estará usted demasiado tiempo en el Ejército", conjeturó Verne. "Su salud no parece buena."

"Estoy gravemente enfermo", admitió Roussel. "Tengo las pestes de la imaginación y de la grandeza."

No exageraba en lo más mínimo. El año anterior, Roussel había escrito un poema que lo expondría más tarde a la veneración de los surrealistas: "Veo cómo mi estrella crece en la posteridad fiel. A esta explosión inevitable de mi genio universal el mundo no podrá sino inclinarse y rezar el gran nombre: Raymond Roussel".

En los años que siguieron a la visita de Amiens, aquel megalómano escribió una bella novela en verso cuyos episodios suceden durante el carnaval de Niza. **El doble** ("La doublure") y dos libros en los que abrevaron Cortázar, Gombrowicz y Breton. El primero es la historia de un naufragio y de la contemplación de infinitas maravillas mecánicas en la costa de un reino ignoto. Se llama **Impresiones de Africa**. El otro, **Nuevas Impresiones**, es un complejísimo laberinto en verso, donde palabras de sonido semejante se van emparejando con otras hasta ir estallando en palabras de sonido casi opuesto, como sucede en algunas páginas de **"Rayuela"** y en casi todo **"Yo el Supremo"**, la novela de Augusto Roa Bastos.

Roussel decidió que la imaginación era posible sólo dentro de la vida. Y ordenó que se construyeran catedrales de hielo en el desierto de Sáhara (una de ellas, que duró 48 horas, costó más que la catedral de Saint Patrick en Nueva York), bosques de capullos de seda, mangas de langostas metálicas que volaban formando un frente de dos kilómetros de ancho, islas de espejos por las que se paseaban fantasmas de humo dorado.

Para tanta magnificencia del deseo se necesitaba, como es obvio, cierta dosis de grandeza. Roussel escribió, sin avergonzarse, que **El doble** era una obra comparable a las de Dante y Shakespeare y que al escribirla él había sentido "lo que Napoleón sintió en 1811", cuando su imperio abarcaba casi toda Europa.

Michel Foucault, que le dedicó uno de sus libros más profundos, cuenta que a principios de mayo de 1933 Roussel puso en orden los restos de su obra y herido intensamente por la escasa atención que le prestaban sus contemporáneos, resolvió instalarse en Palermo, Sicilia, dispuesto a consumir drogas hasta que lo venciese la muerte.

La mañana en que lo encontraron intoxicado, con la mano tendida hacia el picaporte en un gesto de suprema desesperación, había sobre la cama un papel con sus iniciales en oro. Allí había escrito esta frase reveladora: "Yo soy la última imaginación del mundo. Desapareceré, porque ya es hora de que empiece la realidad".

Al día siguiente, en Dachau, cerca de Munich, se abría el primer campo nazi de concentración. Y la criatura humana ya nunca más volvería a imaginar con felicidad y con inocencia.

Tomás Eloy MARTINEZ

(Exclusivo para EL DIA)

De Galicia al Plata (I)

La América cinco veces centenaria, próxima a arribar a 1992 con los lauros obtenidos por sus hijos más pródigos, no puede omitir —al historiar sus cinco siglos de fecunda existencia— el tesón y el esfuerzo, la voluntad y el trabajo que la engrandecieron de la mano de los inmigrantes. Y si el vasto continente americano abrió sus brazos para recibir hospitalaria y cálidamente a los hombres de todas las nacionalidades, lo cierto es que en esta Cuenca del Plata se asentaron mayoritariamente aquellos rostros de atezada piel y callosas manos, que —si sabían del sudor engrandecedor— supieron aquí labrarse un futuro mejor para sí y sus descendientes. "¡Cuánto le debe América, poblada por la emigración de esos hombres rectos, activos, fuertes y líricos...!" Así se expresó Juana de Ibarbourou, nuestra máxima voz, a los hijos de Galicia. A esa Galicia de tierra pródiga, de ciudades y valles, de mar y poesía, cuyos hombres poblaron el Plata.



Bernardino Rivadavia, primer presidente de Argentina, era hijo de inmigrantes galaicos

GALLEGOS EN BUENOS AIRES

Hay que remontarse más de cuatrocientos años, a través de un intangible túnel del tiempo que nos lleve a la época de los conquistadores, para poder hurgar entre las antiquísimas páginas del Archivo General de Indias y constatar que, según los cronistas de la época, don Andrés Hernández y Francisco Araújo obtuvieron autorización para viajar al Río de la Plata ¡en el año 1535! y que don Antón Bamonde figuraba como tripulante en un viaje de Magallanes y El Cano.

"Crecía Buenos Aires, si bien de manera muy paulatina, que se componía de 500 vecinos en 1602. En 1617 se le favoreció con desmembrarla de la gobernación del Paraguay para formarse la de Buenos Aires y a los pocos años, aparece el vecino Gómez de Gayosox" —rememoró Castro López. Fue en la segunda mitad del siglo XVIII, al crearse el Virreinato del Río de la Plata, que se intensificó la inmigración. Y surgieron los nombres de Jacinto de Aldao, Manuel de Figueroa, José María Morel y Pérez, Manuel J. Ocampo y tantos otros. Ya en 1790 se constituyó la "Congregación de naturales y originarios del Reino de Galicia", primera asociación de esta índole en América.

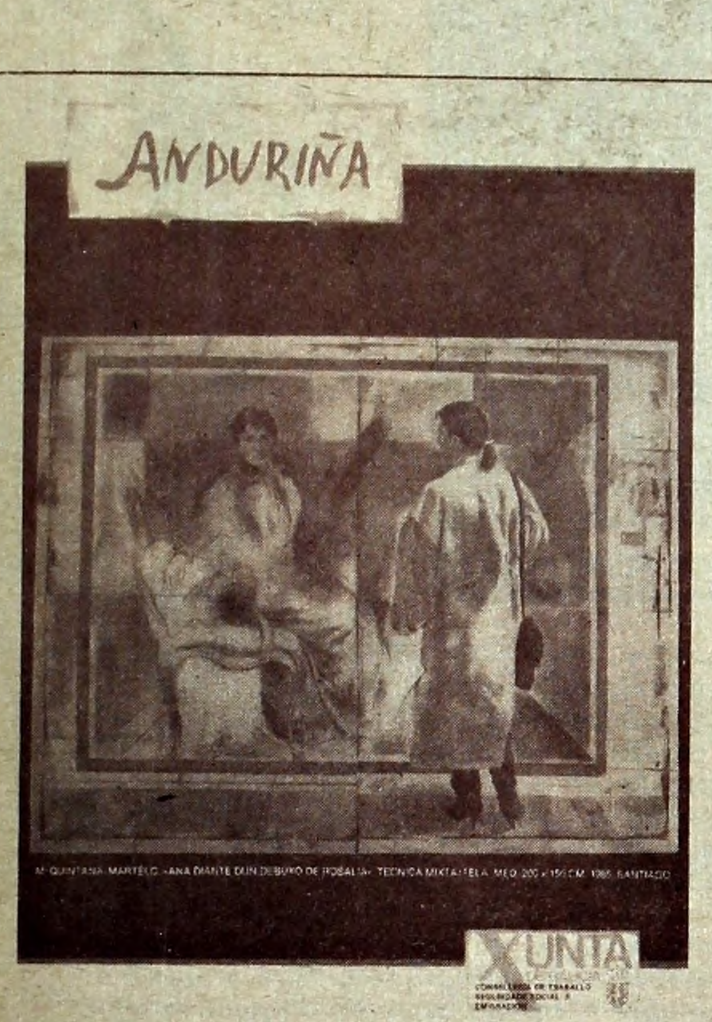
Llegamos a 1799, año en que se crea la Facultad de Medicina y Cirugía en Buenos Aires, abriéndose el primer curso en 1801, y uno de los discípulos fue el joven Manuel Antonio Casal de Anido, nacido en Pontevedra en 1781, que llegaría a ser gran médico argentino.

Párrafo aparte merece don Benito González Ribadavia, nacido en Lugo en 1747, que llegó a la tierra argentina en 1770 y se casó con su prima María Ribadavia, con la que tuvo tres hijos; en 1780 nacería uno destinado a figurar con letras mayúsculas en los anales de la historia; Bernardino Rivadavia, como lo registran los historiadores...

Hubo un primer músico gallego; Ricardo Pérez Camino y un primer periódico, fundado en 1879 por don César Cisneros Luces. Y también uno de los grandes maestros del humorismo porteño, que se inició en la entonces popular revista "Don Quijote", el famoso José María Cao, a quien tanto le debe el periodismo, director de la revista "Caras y Care-



Castelao, el grande, una de las figuras de la colectividad gallega en Argentina



La portada de la revista "Anduriña", que edita la Junta de Galicia, a través de su consejería de trabajo, seguridad social y emigración, dedicada esta vez a homenajear a Rosalía de Castro





En el año 1917, la popular revista "Caras y Caretas" no solo albergaba en su equipo a numerosos españoles sino que, incluso, publicaba notas destacando la actividad de estos

tas", maestro del lápiz y de la sátira (1862 - 1918), en cuyas páginas Cao desplegó por años su ingenio pirotécnico. Digamos, también, que en "Caras y Caretas", "P.B.T.", "Fray Mocho" y en el diario "La Nación", colaboró otro gran dibujante gallego: don Ramón Castro Rivera.

DE ESPAÑA AL SIGLO XX

Llegamos así al siglo XX, que vería crecer a una estirpe de ilustres musicólogos, descendientes de aquél Juan José Castro Piñeriro, que naciera en La Coruña en 1864.

El desarrollo cultural estuvo muy ligado a los nombres galeicos. Como que ya en 1919 don Fernando García organizó una "Gran exposición de arte gallego" y de esas tierras provenían los escritores José Blanco Amor y Leandro Pita Romero. Y precisamente Blanco Amor estuvo muy ligado al autor del "Romancero Gitano"; Federico García Lorca quien dedicó unos versos a la inmigración que dicen así: "Buenos Aires tiene una gaita/ sobre el Río de la Plata/ que toca el viento del norte/ con su gris boca mojada..."

En esta somera evocación imposible omitir al gran Castelao. Aquel nacido en el pueblo marinero de Rianzó en enero de 1886, que fuera estudiante en Compostela doctorándose en medicina. Pero la vida pública le necesitaba más que la ciencia; diputado en la España Republicana, Castelao llegó al Plata en su peregrinaje político de expatriado pero, también, con un bagaje literario de gran humanista, demostrado fehacientemente en textos y dibujos, en interminable cosecha de éxitos y amigos, que ni su muerte, el 7 de enero de 1950, pudo quebrar. Porque Alfonso Rodríguez Castelao fue y es sinónimo de Galicia.

GALICIA, CUNA DE LA CONQUISTA

Galicia, sí. No en vano el terruño de Rosalía había unido su nombre al de estas tierras cuando ellas eran aun un sueño del Almirante... No en vano García de la Riera documentó que, entre los años 1413 y 1528, los nombres de Domingo, Juan y Diego Colón figuraban en actas galaicas. Y la "Santa María" habría sido construida en el barrio de pescadores de la Moureira e, inicialmente, se la llamaba "la gallega". Cuéntase, además, que al encallar la nave en Haití, con su maderamen emplazaron el fuerte "La Navidad". ¡La primera construcción hispana en América se hizo con maderas gallegas!

Tripulantes más, tripulantes menos, lo cierto es que muchos de los que osaron cruzar el Atlántico en aquellas frágiles embarcaciones decidieron afincarse en estas tierras y sus expediciones posibilitaron el conocimiento del mar austral así como las primitivas cartas náuticas marcarían rumbos a las generaciones futuras.

María GROWEL

Notificaciones de nuestra prosa

Para que no resulte con influencia notarial, el título de esta nota, convienen algunas expresiones previas y explicativas.

El vocablo **notificación** es un derivado de uso diverso, de preferencia oficial, en documentos escritos, sin perjuicio, que, por extensión, se procure, en su enunciado, dar noticia de cualquier otro motivo de significación, con el propósito de insinuar su certidumbre. A esta acepción afiliamos nuestro empleo para justificar la subordinación **de nuestra prosa**, en el entendido que, en las consideraciones que siguen, abarcamos implícita y sinonímicamente nuestro lenguaje. Y esto que es elemental, conduce a otros objetos del mismo, que nos adhieren al significado de otra figura: "aquellos polvos traen estos lodos". Veamos, todavía, cómo las presentes explicaciones se conectan con otras, no menos necesarias, para la comprensión de lenguaje y prosa.

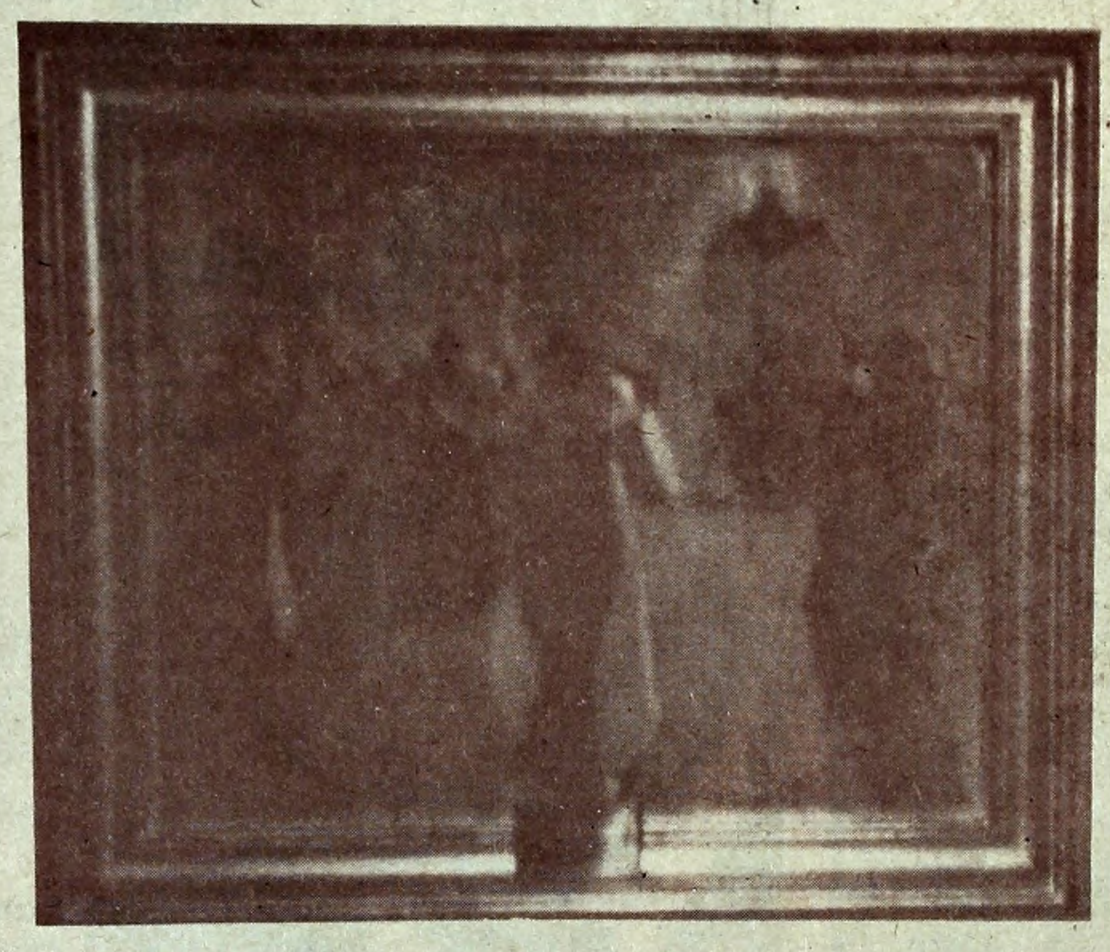
————

Mauricio Merleau Ponty (1908-61) fue una inteligencia previlegiada, que compararon a la de su compatriota Henri Bergson (1859-1941), lamentada fue su desaparición por la capacidad de su pensamiento, la obra intelectual escrita, que dejara terminada, proyectada e inconclusa. Entre éstas, sin terminar, quedó un libro, donde aspiraba a la confirmación de las bases fenomenológicas de un lenguaje universal. Indudablemente, que aquéllo, le llevaba a promover revulsiones, entre los lenguajes dados y dar una teoría de la verdad, que nos permitía admitir, que la expresión resulta del fondo de las cosas para darnos las palabras que las designan recién. Este proceso invisible que, al final, involucra un sinnúmero de pensamientos y cosas, a un cortejo finito de señales, no es otra evidencia que la comunicación sutil de los seres, en el amplio espacio del Universo.

A qué vienen estas consideraciones de alcances especulativos, fraseará un prevenido lector, con las referencias conocidas anteriormente. Simplemente, al deseo de la aproximación de un hecho y sus relaciones expresivas, como factores efectivos para la comprensión de los otros.



Mauricio Merleau Ponty (1908-61)



Pedro Figari: "Bailongo". Buenos Aires, 1924/25

Viajábamos en un micro por la calle Callao, hacia el sur, de la ciudad de Buenos Aires, cuando un pasajero irrumpió a cantar "a capella", un tango alusivo a un cieguito cantor.

A la observación del pasaje, se sumó la del conductor del micro, a través del espejo retrovisor del coche. Su actitud se mantuvo normal y, sin palabras, prosiguió la conducción del vehículo, sin siquiera introducir variantes en el ritmo de su velocidad.

El pasajero usaba gafas oscuras, apuesto, correctamente vestido, cuando el micro se aproximaba a la Avenida 9 de Julio, se puso de pie y dijo:

—"Compañero, si le queda bien, aproxime a la vereda de la izquierda, que desciendo".

Sin mediar otras palabras, todo el pasaje le comprendió, pues había manejado un lenguaje invisible, que expresaron sus actitudes, gestos y sentimientos.

————

La anécdota, no, solamente, nos lleva a incursionar en el pensamiento del ilustre francés, sino que, ya ubicados relativamente, en pleno Buenos Aires, a través de la situación relatada, acuden como ideas asociadas, algunas afirmaciones de don José Ortega y Gasset (1883-1955), durante sus reiteradas estadías en aquel medio ciudadano. A nadie puede extrañar la referencia, después de tantas visitas y largas estancias que realizara el pensador español a la República Argentina. Por ello, en un extenso ensayo que Ortega y Gasset leyera por radiotelefonía, titulado: "La criolla", donde procura vitalizar y trascendentalizar la figura de la mujer argentina, a través del símbolo de la madre nativa, como la cepa esencial de la nacionalidad y que, en el límite de lo teórico, caracterizará en la denominación de un "tango trascendental". Si le daba ese alcance mundial por el rigor de su importancia biológica, no menos ecuménica, más allá de su consecuencia inmediata, estaba la escena que nos tocara integrar accidentalmente. Por eso corresponde reflexionemos con otras inferencias sobre las actitudes del no vidente. Por analogía, el tango que le oímos evocar en sus primeras estrofas, cuando nos servíamos de aquel colectivo del público urbano, nos resultó del mismo grado de comprensión fenoménica, sobre todo, porque aprehendía tantos aspectos comunes de la vida. Era realizado por un cantor con voz y sentimientos que, en el fárrago del tránsito mundano, fue una manifestación de lenguaje sin convencionalismos, que, en consecuencia, superaba la sonoridad y síntesis de las palabras vulgares y, en la ambigüedad de la situación (un micro semiocupado), inmediatamente, impactó rebasando las actitudes del pasaje y cerrando el ciclo de comunicación de las personas y de las cosas, allí, agrupadas. Así lo tomamos. Porque aquel pasajeron urbano, que se puso de pie y, simplemente, expresó de igual a igual, su determinación que ya se comprendía silenciosamente, en el mundo narrativo de los otros, confirmaba una verdad lingüística y de universalidad comunicativa, que, —como la música y otras expresiones de las artes—, sin premeditadas intenciones, promulga su significación irrealidades, por la relación estrecha entre veracidad y comportamiento.

Hay un universo de lenguaje, que, —como la atmósfera—, nos envuelve a todos.

Las tecnologías científicas han ido interconexionando las estructuras planetarias, al grado finísimo de percibir la imagen conquistadora de las acciones extraorbitales. Ya tenemos lenguajes epistemológicos que fomentan el diálogo posible, más allá de las galaxias, como ejercicio pedagógico de metalenguaje u objeto lenguaje que, como las fantasías precientíficas de Julio Verne (1828-1905) o las simbolistas de Mauricio de Maeterling (1862-1949), colmaban nuestra imaginación de otras épocas. Las esferas de esas presuntas irrealidades se apoyan en la consistencia actual de nuestras evidencias fenomenológicas. Y la descripción conciente de los hechos unifica los lenguajes.

————

No es, entonces, absurda la nueva teoría de la verdad, puesto que, en esa música, ya trascendental, ya se conjugan en una integración planetaria, filos e ideas de diversas fuentes del conocimiento. Son los anuncios de una prosa muy estricta donde se conformaría la ilusión de una nueva Babilonia, donde la singularidad de los supuestos lenguajes sagrados haría el milagro del fácil entendimiento de los seres.

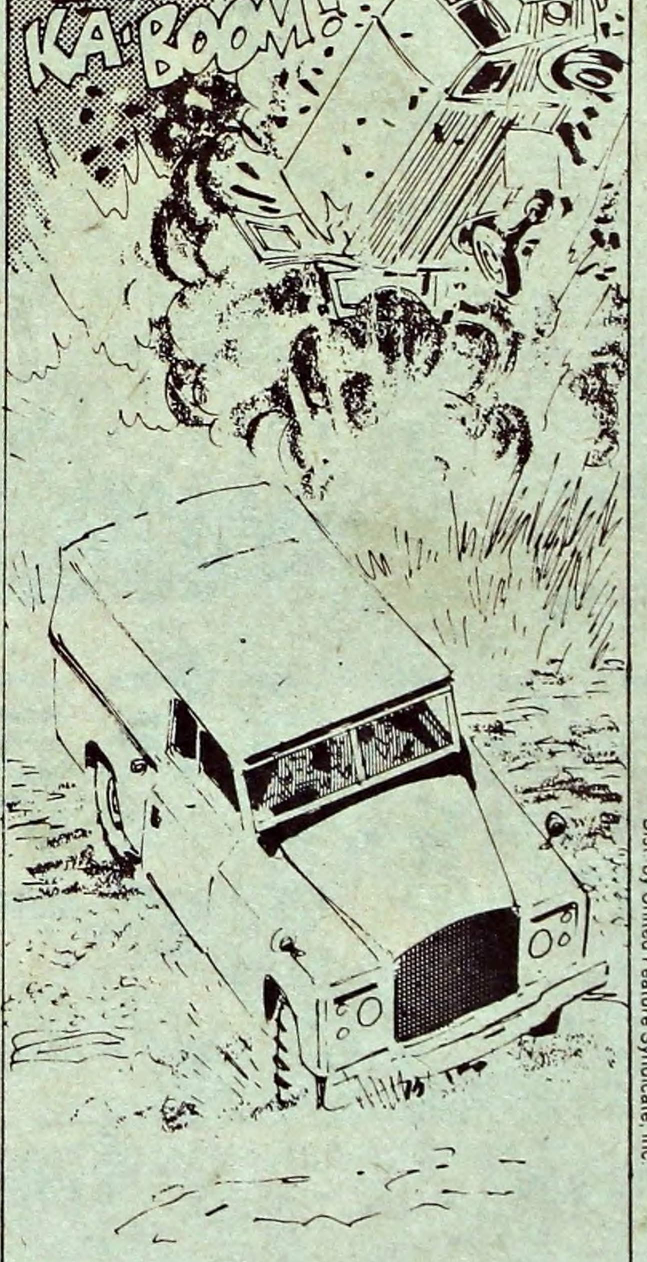
Carlos A. ECHENIQUE
(Especial para EL DIA)

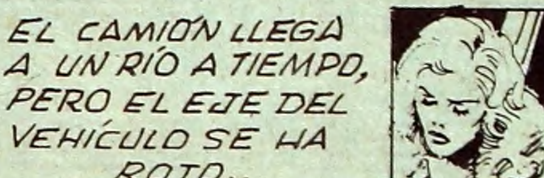




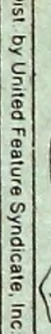












TARZAN® 5-13
Trademark TARZAN owned by Edgar Rice Burroughs, Inc. and Used by Permission
COPYRIGHT © 1984 EDGAR RICE BURROUGHS, INC
2774 All Rights Reserved

MAÑANA, COMPARE SU OPINION CON LA DEL MEJOR EQUIPO PERIODISTICO·DEPORTIVO.

La más completa reseña del fin de semana. Resultados, desarrollos, opiniones y notas gráficas con los instantes de mayor emoción. Además, como siempre, la nota que va más allá del jugador, que se interna en el hombre, transformando al héroe de las canchas en un ser humano como usted, con sus alegrías y tristezas.

revista deportiva
Todos los lunes, con la edición de **EL DIA**

capurro

Esta vez los chicos tienen descuentos grandes.

Chiripá en algodón excelente resultado	N$	199
Pañal doble gaza, interminable	N$	249
Vestido beba en dralon con puntilla	N$	725
Enterito en dralon detalle de bordado	N$	725
Toallón en tela esponja estampado con Snoopy o Kitty	N$	990
Frazada térmica "La Aurora", delicados colores	N$	2.950
Silla Baby Relax, multiuso	N$	3.150
Corral Daless, en caño reforzado	N$	4.590
Chango con toldo en pana capitoneado	N$	6.950
Chango convertible en silla para comer y auto	N$	7.800



Promoción, 15% de descuento en éstos artículos. Aprovéchelos.



LA UNICA GRAN TIENDA DEL URUGUAY

Centro, Cordón, Unión, Agraciada, Paso Molino, Salto, Paysandú, Mercedes.